

A blue-toned portrait of María Luisa Bombal, a Chilean writer, with her name and '110 años' overlaid in white and orange text.

María Luisa Bombal 110 años

#AntologíaCiudadana

MUJERES
CREADORAS



#AntologíaCiudadana

María Luisa Bombal 110 años



Índice

Presentación	7
Biografía	10
El árbol	17
Fragmentos	
Mar, cielo y tierra	32
La última niebla	34
Lo secreto	38
La amortajada	40
Las islas nuevas	42
Casa de niebla	44
Trenzas	46
La última niebla	48
La amortajada	50
La historia de María Griselda	54
Enlaces	57
Agradecimientos	59

Presentación

A borbotones, con valentía, aunque delicadamente a la vez, es como fluye su caudal narrativo, con palabras que se entrecruzan en una melodía poética, repleta de pasión, sensibilidad y espiritualidad. María Luisa Bombal es una de las escritoras chilenas más relevantes del siglo XX, inspiradora de otros grandes nombres de la literatura latinoamericana. Toda una adelantada al realismo mágico, como han sentenciado algunos de sus grandes y consagrados herederos. Sin embargo, Chile no ha reconocido masivamente su talento.

Buscando saldar en parte esa deuda, este 2020, cuando celebramos 110 años de su nacimiento, como Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio nos interesa relevar su trayectoria, obra y legado como una de las mujeres creadoras fundamentales de la narrativa local. Porque de forma inexplicable su trabajo se ha vuelto difuso en las letras locales, como el de tantas otras maestras, que solo por ser mujeres se han visto relegadas por quienes han escrito la historia oficial.

Uno de los más ambiciosos desafíos que atraviesa la gestión de nuestra cartera es precisamente visibilizar el aporte de artistas, cultoras, intelectuales y gestoras al desarrollo cultural de Chile. Nos hemos propuesto contribuir, desde el campo de acción de nuestro Ministerio, para que las nuevas generaciones se sientan con la libertad y el derecho de crear y crear.

Para revisitarse su creación y homenajear su nombre, en septiembre de este año convocamos a las chilenas y chilenos a escoger sus relatos favoritos de la autora, selección con la que hemos dado vida a *María Luisa Bombal 110 años, Antología Ciudadana*. Esta publicación reúne el cuento *El árbol* y otros doce fragmentos de algunos de sus textos clave, como *La última niebla*; *La amortajada*; *Mar, cielo y tierra*; *La historia de María Griselda*; *Trenzas*; *Lo secreto*; *Las islas nuevas* y *Casa de niebla*.

Con el objetivo de que la sensibilidad de su narrativa sea conocida por públicos cada vez más amplios, además, esta edición incorpora una biografía que complementa muy bien los ejes del universo creativo de la artista. Esta lleva el sello de Lucía Guerra, académica, escritora y ensayista de la Universidad de California, quien ha desarrollado su carrera en torno a los estudios de género y de literatura de mujeres.

Una atractiva forma de acercarnos, desde otra perspectiva, al diáfano mundo que caracteriza el imaginario de Bombal es también la invitación que realizan las ilustradoras e ilustradores que trabajan con los fragmentos de su obra en esta edición. María J. Guarda, Alexis Díaz, Itza Maturana, Tomás Olivos, Ignacio Ortega, Blanco Pantoja, Leonor Pérez, quienes, desde sus particulares estilos, abren innovadoras ventanas para entrar en sus historias.

El ejercicio de esta *Antología Ciudadana* se viene a sumar a los previamente realizados por nuestra cartera desde 2015, al alero del Plan Nacional de la Lectura, en torno a hitos asociados a figuras como Gabriela Mistral, Violeta Parra y Gonzalo Rojas.

Esperamos que esta nueva entrega contribuya a amplificar el legado de María Luisa Bombal y a acercar su obra, para que cada vez seamos más quienes podamos dejarnos llevar por el misterio de sus letras y visitar su voz, con ese poderoso discurso que nunca temió al convencionalismo de su época.



Consuelo Valdés Ch.
Ministra de las Culturas,
las Artes y el Patrimonio



Biografía

Por Lucía Guerra, Universidad de California

María Luisa Bombal nació el 8 de junio de 1910 en Viña del Mar, dentro de una familia de la alta burguesía. Como la autora recuerda en *La maja y el ruiseñor* (1960), durante la primera etapa de su niñez, la playa de Miramar —con la presencia vigorosa de las rocas y el mar— fue para ella el espacio del juego y de una fantasía incentivada por los cuentos de Andersen y de los hermanos Grimm, que su madre le leía. En 1920, muere su padre y, dos años después, se traslada con su madre y hermanas a París, donde hizo sus estudios en el colegio Notre Dame de l'Assomption, el liceo La Bruyère y la universidad de La Sorbonne. Por lo tanto, a diferencia de escritores y escritoras de Chile, María Luisa Bombal tuvo una formación francesa que, sin duda, influyó en su escritura. Aparte de *Victoria*, del noruego Knut Hamsun, y *María*, de Jorge Isaacs (novelas leídas durante la adolescencia), ella reconocía la influencia de Blas Pascal, Prosper Mérimée y los poetas Charles Baudelaire, Paul Verlaine y Arthur Rimbaud. Además, tomó clases de violín con el conocido maestro Jacques Thibaut, presencié todo el rodaje de la película *La pasión de Juana de Arco*, dirigida por Carl-Theodor Dreyer, en su función de ayudante de utilería, y estudió Arte Dramático en l'Atelier de Charles Dullin, quien propiciaba un teatro experimental de vanguardia, en el cual participaron Jean-Louis Barrault y Antonin Artaud.

Desde los ocho años, escribía breves poemas y, ya adolescente, recibió los elogios de Ricardo Güiraldes por una obra de teatro que el escritor argentino calificó como producto de una imaginación milagrosa. Recibió su primer premio literario en la universidad de La Sorbonne como alumna de Ferdinand Strowski. Según ella, su texto era un cuento misterioso acerca de un hombre que presentía la presencia de alguien tras la cortina de su dormitorio; al paso de las

noches empezó a amar esa presencia apenas perceptible y fue tal su angustia ante la imposibilidad de verla y acariciarla que, una noche, a través de la cortina, le enterró un puñal.

Víctima de los prejuicios de género, al saber su madre, ya en Chile, que María Luisa apareció en una obra de teatro haciendo un breve papel, le ordenó abandonar l'Atelier y La Sorbonne para regresar, de inmediato, a Chile. En esa época, ser actriz no era considerado un oficio decente para una muchacha de «familia bien». En abril de 1931 y cuando tenía veinte años, arriba al puerto de Valparaíso. Como era lo usual, su madre esperaba que muy pronto se casara con algún joven de la alta aristocracia chilena, pero ella eligió incorporarse a los círculos intelectuales del país. A instancias de la escritora Marta Brunet y yendo en contra de la prohibición de su madre, entró a la Compañía Nacional de Dramas y Comedias, dirigida por Luis Pizarro, y actuó en roles importantes en tres diferentes obras. Además, se hizo amiga de algunos escritores chilenos, entre ellos Neruda y Barrenechea, con quienes frecuentaba bares y cafés como el Venezia y el Mozart.

El talento artístico e intelectual de María Luisa, en una época en la cual la única meta asignada a la mujer era casarse y tener hijos, la convirtieron, ante los ojos de la sociedad, en alguien «demasiado inteligente para ser mujer», según uno de sus contemporáneos, en una mujer excéntrica y demasiado liberal por su modo de vestir, sus comentarios atrevidos e irreverentes y su preferencia por hablar con los hombres y no con las mujeres, quienes en las reuniones sociales, formaban un grupo aislado de las conversaciones sobre temas intelectuales y artísticos.

Pero, a pesar de sus «excentricidades», ella también estaba atrapada por la noción sexista de que la mujer, únicamente, había nacido para amar y ser amada. Cuando en 1931 llegó en barco a Valparaíso, con la familia estaba también esperándola Eulogio Sánchez, un hombre que cumplía plenamente con los códigos de la masculinidad en aquellos años. Tenía fama de ser un experto seductor de mujeres y era el líder de la Milicia Republicana, un movimiento paramilitar dispuesto

a defender, con las armas, el régimen constitucional después del derrocamiento de la dictadura de Carlos Ibáñez.

A la pasión fervorosa siguió el abandono y María Luisa todas las tardes iba a la casa de Eulogio, lo esperaba durante horas mientras la empleada le servía té y al oscurecer, frustrada y adolorida por el desamor de su amante, caminaba de regreso a su hogar por las calles de Santiago, cubiertas por una espesa niebla. Para desagraviarla o tal vez dar el golpe definitivo a la relación, la invitó a ella y a su hermana a cenar en su casa. Por su actitud, ella comprendió que ya no la amaba, se levantó de la mesa, subió hasta el dormitorio de Eulogio y sacó el revólver que él guardaba en su velador. En el momento en que estaba a punto de dispararse en el corazón, desvió el arma y se hirió el hombro izquierdo. Un intento de suicidio, según la doctrina católica, constituía un pecado y, en las esferas de la alta sociedad, resultaba también un verdadero escándalo. Por esta razón, el 3 de septiembre de 1933, su madre la envió a Buenos Aires para vivir con Pablo Neruda y su esposa María Antonieta Haagenar. El poeta, junto con sus actividades diplomáticas como cónsul de Chile, participaba también en la vida nocturna de la bohemia bonaerense y María Luisa siempre lo acompañaba en esas reuniones de escritores y artistas, quienes manteniendo una distancia genérica la calificaban, por ser la única mujer, como la mascota del grupo. Así formó parte de la élite intelectual de Buenos Aires y conoció, entre otros, a escritores como Federico García Lorca, Raúl González Tuñón, Oliverio Girondo y Conrado Nalé Roxlo. Además, cultivaba una profunda amistad con Jorge Luis Borges.

A los veinticuatro años, Bombal escribe *La última niebla*, inspirada en las experiencias del amor, la sexualidad y el abandono vividas en su relación con Eulogio Sánchez. Esta novela no solo es uno de los textos más originales y destacados de la vanguardia, debido a la elaboración de una compleja noción de la realidad en la cual se fusionan lo real, lo soñado y lo ensoñado de una manera ambigua y a través de un lenguaje poético que reafirma, por sobre lo racional, la esfera del inconsciente y lo sensorial. Es también uno de los hitos más importantes

de la narrativa escrita por mujeres latinoamericanas. Por primera vez, una escritora destruye el mito patriarcal que, durante siglos y ya a partir de la cultura griega, suponía que la mujer era únicamente un objeto pasivo del deseo masculino y totalmente nulo en la experiencia del placer. En *La última niebla*, publicada en 1934, la protagonista es agente activo y sujeto del deseo, una subjetividad deseante que describe, por primera vez, en toda la narrativa latinoamericana, el orgasmo sexual desde una perspectiva femenina: «Entonces él se inclina sobre mí y rodamos enlazados al hueco del lecho. Su cuerpo me cubre como una grande ola hirviente, me acaricia, me quema, me penetra, me envuelve, me arrastra desfallecida. A mi garganta sube algo así como un sollozo, y no sé por qué empiezo a quejarme, y no sé por qué me es dulce quejarme, y dulce a mi cuerpo el cansancio infligido por la preciosa carga que pesa entre mis muslos» (*Obras completas*, p. 59).

En esta novela, se manifiesta también una abierta denuncia de la desigualdad de género creada por un sistema patriarcal que hizo de la mujer un otro inferior y subordinado. *La última niebla* fue extensamente elogiada por la crítica y, en 1938, *La amortajada* creó una reacción semejante y obtuvo el Premio Municipal de Literatura en Chile. Ana María, ya muerta, es capaz de ver, oír, sentir y recordar adquiriendo un nuevo comprender de su existencia, mientras «algo», «alguien» interrumpe sus vivencias para guiarla en el descenso hacia la muerte. Este contrapunto, entre lo real y lo maravilloso o sobrenatural, crea una simultaneidad de tiempos y de espacios que culmina con la incorporación de la protagonista al ámbito cósmico. Contradiciendo la visión católica que postula un «polvo eres y polvo serás», el cuerpo de ella, por el contrario, se reintegra a la materia primordial del universo en un eterno retorno, en el cual la muerte es sinónimo de una nueva gestación y modalidad de vida.

En toda la obra de María Luisa Bombal, persiste una visión de «lo femenino» unido a la naturaleza primigenia. En *Trenzas* (1940), la cabellera larga de la mujer semeja las

verdes enredaderas y las algas unidas al agua, porque es el lazo ancestral que la une a la naturaleza; y en *La historia de María Griselda* (1946), su belleza incomprendida es parte intrínseca de la armonía del espacio natural. Una noción semejante se da en el arquetipo de la Madre-Tierra creado por la imaginación masculina. Sin embargo, la autora, desde una perspectiva femenina, modifica dicho arquetipo para mostrar que la relación mujer-naturaleza posee serias implicaciones culturales, que impiden la posibilidad de una armonía de género en una sociedad en la cual los hombres, dirigidos por las metas de la civilización, se proponen modificar y explotar la naturaleza con un afán de lucro. De manera significativa, Brígida en *El árbol* (1939) —uno de los cuentos más famosos de la literatura latinoamericana— vive un matrimonio que reitera las convenciones machistas de dicha institución, y se refugia en su cuarto bajo la sombra de un gomero, que lo convierte en retazo de la naturaleza. Dentro de una estructura innovadora que reproduce el temple y ritmo de la música de Mozart, Chopin y Beethoven, el hecho masculinamente práctico de cortar el gomero hace comprender a la protagonista que debe separarse de su marido e iniciar una nueva existencia.

Las islas nuevas (1939) pone aún más en evidencia la tajante división entre hombres y mujeres. Yolanda es una mujer que no envejece, los movimientos de su cuerpo semejan los de una serpiente y, en sus ojos y en su voz, se dan rasgos similares a los de una gaviota. Ella es símbolo de la naturaleza no controlada por los hombres y, en sus sueños, retorna al espacio natural anterior a la cultura con sus húmedos helechos y el silencio engendrador de vida. Yolanda es tan misteriosa como las islas que aparecen y desaparecen, frustrando los intentos de los hombres de explorarlas y explotar sus riquezas. Un día, Juan Manuel desde una ventana, la ve desnuda y atónito descubre que en su hombro izquierdo crece un muñón de ala. Todo parámetro del conocimiento masculino le resulta inútil para comprender a Yolanda y los misterios de la naturaleza simbolizados por las islas nuevas y

la medusa, razón por la cual se aferra a la razón y a la lógica, negándose a cruzar el umbral de una realidad desconocida.

Varias décadas antes de establecerse que el saber y el conocimiento también están bajo el control de una hegemonía masculina, Bombal postula diferencias genéricas en el saber; no obstante, el sistema patriarcal se ha obstinado en hacernos creer que este saber creado y sistematizado por una élite masculina constituye la verdad absoluta. En *Trenzas* (1940), *Mar, cielo y tierra* (1940) y *Washington, ciudad de las ardillas* (1943), la autora parodia de manera irónica, los conocimientos canónicos y, en su contacto ancestral con la naturaleza, formula otros saberes.

No obstante su éxito literario, María Luisa Bombal sigue atrapada en los códigos patriarcales de la femineidad. En 1934, tratando de escapar del estigma dado a la mujer solterona, se casó con el pintor argentino Jorge Larco en un acuerdo que le daba a ella la categoría de mujer casada y a él lo protegía de los prejuicios sobre la homosexualidad. Se divorciaron unos meses después y, a pesar de varias relaciones amorosas, en 1940 cuando ya tenía treinta años, aún no se había vuelto a casar. Regresa a Chile con una seria depresión y lleva en su cartera una pistola, porque está al borde del suicidio. Para ella, había sido Eulogio Sánchez quien le había malogrado la vida para siempre. El 27 de enero de 1941, desde la puerta del Hotel Crillón, ve salir a Eulogio de un edificio, corre tras él, lo alcanza y le dispara tres tiros que no le hacen gran daño, pero este acto significó para ella meses de cárcel y el repudio de la sociedad en Chile y Argentina. Su única alternativa fue vivir en Nueva York, donde en 1944 conoce al conde francés Fal de Saint Phalle, con quien se casa unos meses después.

Hacia 1946, ofrece sus dos novelas a Farrar, Straus & Giroux, que acepta publicar la versión en inglés de *La amortajada* y le exige que extienda *La última niebla* a 250 páginas. Ella opta por escribir otra novela que titula *House of mist* en un estilo más afín con los lectores de Estados Unidos, y Paramount Pictures compra los derechos para realizar una película.

Sin embargo, en Estados Unidos su talento creativo se truncó al sentirse en una cultura ajena. En carta escrita en 1960 afirma: «Me siento como una flor machacada allá abajo en el pavimento y entre el lodo que ha dejado la nieve». En 1969, después de la muerte de su esposo, vive por un tiempo en Argentina y, en agosto de 1973, se radica definitivamente en Chile. Cuenta con poco dinero y ansía obtener el Premio Nacional de Literatura, que le fue repetidas veces negado, argumentando que su obra era demasiado breve e ignorando su prestigio internacional como destacada escritora latinoamericana. Por otra parte, persiste su tristeza, según le cuenta a su hermana en carta del 20 de enero de 1977: «esta muerte en vida que es mi vida porque así la siento. (...) Es que estoy enferma del alma y he perdido toda alegría y deseo de vivir. Además de sufrir constantemente de una inexplicable, insoportable angustia» (*Obras completas*, p. 363).

Murió el 6 de mayo de 1980 sin saber que *New Islands* —la traducción al inglés de *La última niebla* y todos sus cuentos— se publicaría tres meses después y tendría seis ediciones junto con traducciones a varios idiomas, mientras la publicación por Seix Barral en España de sus novelas y cuentos tendría siete ediciones consecutivas. Tampoco llegó a saber que aún hoy, a más de cien años de su nacimiento, abundan las ediciones y traducciones de su obra tan admirada en numerosos lugares del mundo.

El árbol

Publicado por primera vez en la revista Sur, N° 60,
septiembre, 1939, pp. 20-30.

A Nina Anguita, gran artista,
mágica amiga que supo dar vida y
realidad a mi árbol imaginado; dedico
el cuento que, sin saber, escribí para ella
mucho antes de conocerla.



El pianista se sienta, tose por prejuicio y se concentra un instante. Las luces en racimo que alumbran la sala declinan lentamente hasta detenerse en un resplandor mortecino de brasa, al tiempo que una frase musical comienza a subir en el silencio, a desenvolverse, clara, estrecha y juiciosamente caprichosa.

«Mozart, tal vez» —piensa Brígida. Como de costumbre se ha olvidado de pedir el programa. «Mozart, tal vez, o Scarlatti...». ¡Sabía tan poca música! Y no era porque no tuviese oído ni afición. De niña fue ella quien reclamó lecciones de piano; nadie necesitó imponérselas, como a sus hermanas. Sus hermanas, sin embargo, tocaban ahora correctamente y descifraban a primera vista, en tanto que ella... Ella había abandonado los estudios al año de iniciarlos. La razón de su inconsecuencia era tan sencilla como vergonzosa: jamás había conseguido aprender la llave de Fa, jamás. «No comprendo, no me alcanza la memoria más que para la llave de Sol». ¡La indignación de su padre! «¡A cualquiera le doy esta carga de un infeliz viudo con varias hijas que educar! ¡Pobre Carmen! Seguramente habría sufrido por Brígida. Es retardada esta criatura».

Brígida era la menor de seis niñas, todas diferentes de carácter. Cuando el padre llegaba por fin a su sexta hija, lo hacía tan perplejo y agotado por las cinco primeras que prefería simplificarse el día declarándola retardada. «No voy a luchar más, es inútil. Déjenla. Si no quiere estudiar, que no estudie. Si le gusta pasarse en la cocina, oyendo cuentos de ánimas, allá ella. Si le gustan las muñecas a los dieciséis años, que juegue». Y Brígida había conservado sus muñecas y permanecido totalmente ignorante.

¡Qué agradable es ser ignorante! ¡No saber exactamente quién fue Mozart; desconocer sus orígenes, sus influencias, las particularidades de su técnica! Dejarse solamente llevar por él de la mano, como ahora.

Y Mozart la lleva, en efecto. La lleva por un puente suspendido sobre un agua cristalina que corre en un lecho de arena rosada. Ella está vestida de

blanco, con un quitasol de encaje, complicado y fino como una telaraña, abierto sobre el hombro.

—Estás cada día más joven, Brígida. Ayer encontré a tu marido, a tu ex marido, quiero decir. Tiene todo el pelo blanco.

Pero ella no contesta, no se detiene, sigue cruzando el puente que Mozart le ha tendido hacia el jardín de sus años juveniles.

Altos surtidores en los que el agua canta. Sus dieciocho años, sus trenzas castañas que desatadas le llegaban hasta los tobillos, su tez dorada, sus ojos oscuros tan abiertos y como interrogantes. Una pequeña boca de labios carnosos, una sonrisa dulce y el cuerpo más liviano y gracioso del mundo. ¿En qué pensaba, sentada al borde de la fuente? En nada. «Es tan tonta como linda» decían. Pero a ella nunca le importó ser tonta ni «planchar» en los bailes. Una a una iban pidiendo en matrimonio a sus hermanas. A ella no la pedía nadie.

¡Mozart! Ahora le brinda una escalera de mármol azul por donde ella baja entre una doble fila de lirios de hielo. Y ahora le abre una verja de barrotes con puntas doradas para que ella pueda echarse al cuello de Luis, el amigo íntimo de su padre. Desde muy niña, cuando todos la abandonaban, corría hacia Luis. Él la alzaba y ella le rodeaba el cuello con los brazos, entre risas que eran como pequeños gorjeos y besos que le disparaba aturdidamente sobre los ojos, la frente y el pelo ya entonces canoso (¿es que nunca había sido joven?) como una lluvia desordenada. «Eres un collar —le decía Luis—. Eres como un collar de pájaros».

Por eso se había casado con él. Porque al lado de aquel hombre solemne y taciturno no se sentía culpable de ser tal cual era: tonta, juguetona y perezosa. Sí, ahora que han pasado tantos años comprende que no se había casado con Luis por amor; sin embargo, no atina a comprender por qué, por qué se marchó ella un día, de pronto...

Pero he aquí que Mozart la toma nerviosamente de la mano y, arrastrándola en un ritmo segundo a segundo más apremiante, la obliga a cruzar el jardín en sentido inverso, a retomar el puente en una carrera que es casi una huida. Y luego

de haberla despojado del quitasol y de la falda transparente, le cierra la puerta de su pasado con un acorde dulce y firme a la vez, y la deja en una sala de conciertos, vestida de negro, aplaudiendo maquinalmente en tanto crece la llama de las luces artificiales.

De nuevo la penumbra y de nuevo el silencio precursor.

Y ahora Beethoven empieza a remover el oleaje tibio de sus notas bajo una luna de primavera. ¡Qué lejos se ha retirado el mar! Brígida se interna playa adentro hacia el mar contraído allá lejos, refulgente y manso, pero entonces el mar se levanta, crece tranquilo, viene a su encuentro, la envuelve, y con suaves olas la va empujando, empujando por la espalda hasta hacerle recostar la mejilla sobre el cuerpo de un hombre. Y se aleja, dejándola olvidada sobre el pecho de Luis.

—No tienes corazón, no tienes corazón —solía decirle a Luis. Latía tan adentro el corazón de su marido que no pudo oírlo sino rara vez y de modo inesperado—. Nunca estás conmigo cuando estás a mi lado —protestaba en la alcoba, cuando antes de dormirse él abría ritualmente los periódicos de la tarde—. ¿Por qué te has casado conmigo?

—Porque tienes ojos de venadito asustado —contestaba él y la besaba. Y ella, súbitamente alegre, recibía orgullosa sobre su hombro el peso de su cabeza cana. ¡Oh, ese pelo plateado y brillante de Luis!

—Luis, nunca me has contado de qué color era exactamente tu pelo cuando eras chico, y nunca me has contado tampoco lo que dijo tu madre cuando te empezaron a salir canas a los quince años. ¿Qué dijo? ¿Se rió? ¿Lloró? ¿Y tú estabas orgulloso o tenías vergüenza? Y en el colegio, tus compañeros, ¿qué decían? Cuéntame, Luis, cuéntame...

—Mañana te contaré. Tengo sueño, Brígida, estoy muy cansado. Apaga la luz.

Inconscientemente él se apartaba de ella para dormir, y ella inconscientemente, durante la noche entera, perseguía el hombro de su marido, buscaba su aliento, trataba de vivir bajo su aliento, como una planta encerrada y sedienta

que alarga sus ramas en busca de un clima propicio.

Por las mañanas, cuando la mucama abría las persianas, Luis ya no estaba a su lado. Se había levantado sigiloso y sin darle los buenos días, por temor al collar de pájaros que se obstinaba en retenerlo fuertemente por los hombros. «Cinco minutos, cinco minutos nada más. Tu estudio no va a desaparecer porque te quedes cinco minutos más conmigo, Luis».

Sus despertares. ¡Ah, qué tristes sus despertares! Pero —era curioso— apenas pasaba a su cuarto de vestir, su tristeza se disipaba como por encanto.

Un oleaje bulle, bulle muy lejano, murmura como un mar de hojas. ¿Es Beethoven? No.

Es el árbol pegado a la ventana del cuarto de vestir. Le bastaba entrar para que sintiese circular en ella una gran sensación bienhechora. ¡Qué calor hacía siempre en el dormitorio por las mañanas! ¡Y qué luz cruda! Aquí, en cambio, en el cuarto de vestir, hasta la vista descansaba, se refrescaba. Las cretonas desvaídas, el árbol que desenvolvía sombras como de agua agitada y fría por las paredes, los espejos que doblaban el follaje y se ahuecaban en un bosque infinito y verde. ¡Qué agradable era ese cuarto! Parecía un mundo sumido en un acuario. ¡Cómo parloteaba ese inmenso gomero! Todos los pájaros del barrio venían a refugiarse en él. Era el único árbol de aquella estrecha calle en pendiente que, desde un costado de la ciudad, se despeñaba directamente al río.

—Estoy ocupado. No puedo acompañarte... Tengo mucho que hacer, no alcanzo a llegar para el almuerzo... Hola, sí estoy en el club. Un compromiso. Come y acuéstate... No. No sé. Más vale que no me esperes, Brígida.

—¡Si tuviera amigas! —suspiraba ella. Pero todo el mundo se aburría con ella. ¡Si tratara de ser un poco menos tonta! ¿Pero cómo ganar de un tirón tanto terreno perdido? Para ser inteligente hay que empezar desde chica, ¿no es verdad?

A sus hermanas, sin embargo, los maridos las llevaban a todas partes, pero Luis —¿por qué no había de confesárselo a sí misma?— se avergonzaba de ella, de su ignorancia, de su

timidez y hasta de sus dieciocho años. ¿No le había pedido acaso que dijera que tenía por lo menos veintiuno, como si su extrema juventud fuera en ellos una tara secreta?

Y de noche ¡qué cansado se acostaba siempre! Nunca la escuchaba del todo. Le sonreía, eso sí, le sonreía con una sonrisa que ella sabía maquinal. La colmaba de caricias de las que él estaba ausente. ¿Por qué se había casado con ella? Para continuar una costumbre, tal vez para estrechar la vieja relación de amistad con su padre.

Tal vez la vida consistía para los hombres en una serie de costumbres consentidas y continuas. Si alguna llegaba a quebrarse, probablemente se producía el desbarajuste, el fracaso. Y los hombres empezaban entonces a errar por las calles de la ciudad, a sentarse en los bancos de las plazas, cada día peor vestidos y con la barba más crecida. La vida de Luis, por lo tanto, consistía en llenar con una ocupación cada minuto del día. ¡Cómo no haberlo comprendido antes! Su padre tenía razón al declararla retardada.

—Me gustaría ver nevar alguna vez, Luis.

—Este verano te llevaré a Europa y como allá es invierno podrás ver nevar.

—Ya sé que es invierno en Europa cuando aquí es verano. ¡Tan ignorante no soy!

A veces, como para despertarlo al arrebató del verdadero amor, ella se echaba sobre su marido y lo cubría de besos, llorando, llamándolo: Luis, Luis, Luis...

—¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

—Nada.

—¿Por qué me llamas de ese modo, entonces?

—Por nada, por llamarte. Me gusta llamarte.

Y él sonreía, acogiendo con benevolencia aquel nuevo juego.

Llegó el verano, su primer verano de casada. Nuevas ocupaciones impidieron a Luis ofrecerle el viaje prometido.

—Brígida, el calor va a ser tremendo este verano en Buenos Aires. ¿Por qué no te vas a la estancia con tu padre?

—¿Sola?

—Yo iría a verte todas las semanas, de sábado a lunes.

Ella se había sentado en la cama, dispuesta a insultar. Pero en vano buscó palabras hirientes que gritarle. No sabía nada, nada. Ni siquiera insultar.

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas, Brígida?

Por primera vez Luis había vuelto sobre sus pasos y se inclinaba sobre ella, inquieto, dejando pasar la hora de llegada a su despacho.

—Tengo sueño... —había replicado Brígida puerilmente, mientras escondía la cara en las almohadas.

Por primera vez él la había llamado desde el club a la hora de almuerzo. Pero ella había rehusado salir al teléfono, esgrimiendo rabiosamente el arma aquella que había encontrado sin pensarlo: el silencio.

Esa misma noche comía frente a su marido sin levantar la vista, contraídos todos sus nervios.

—¿Todavía está enojada, Brígida?

Pero ella no quebró el silencio.

—Bien sabes que te quiero, collar de pájaros. Pero no puedo estar contigo a toda hora. Soy un hombre muy ocupado. Se llega a mi edad hecho un esclavo de mil compromisos.

...

—¿Quieres que salgamos esta noche?...

...

—¿No quieres? Paciencia. Dime, ¿llamó Roberto desde Montevideo?

...

—¡Qué lindo traje! ¿Es nuevo?

...

—¿Es nuevo, Brígida? contesta, contéstame...

Pero ella tampoco esta vez quebró el silencio.

Y en seguida lo inesperado, lo asombroso, lo absurdo. Luis se levanta de su asiento, tira violentamente la servilleta sobre la mesa y se va de la casa dando portazos.





Ella se había levantado a su vez, atónita, temblando de indignación por tanta injusticia. «Y yo, y yo —murmura desorientada—, yo que durante casi un año... cuando por primera vez me permito un reproche... ¡Ah, me voy, me voy esta misma noche! No volveré a pisar nunca más esta casa...». Y abría con furia los armarios de su cuarto de vestir, tiraba desatinadamente la ropa al suelo.

Fue entonces cuando alguien o algo golpeó en los cristales de la ventana.

Había corrido, no supo cómo ni con qué insólita valentía, hacia la ventana. La había abierto. Era el árbol, el gomero que un gran soplo de viento agitaba, el que golpeaba con sus ramas los vidrios, el que la requería desde afuera como para que lo viera retorcerse hecho una impetuosa llamarada negra bajo el cielo encendido de aquella noche de verano.

Un pesado aguacero no tardaría en rebotar contra sus frías hojas. ¡Qué delicia! Durante toda la noche, ella podría oír la lluvia azotar, escurrirse por las hojas del gomero como por los canales de mil goteras fantasiosas. Durante toda la noche oiría crujir y gemir el viejo tronco del gomero contándole de la intemperie, mientras ella se acurrucaría, voluntariamente friolenta, entre las sábanas del amplio lecho, muy cerca de Luis.

Puñados de perlas que llueven a chorros sobre un techo de plata. Chopin. *Estudios de Federico Chopin*.

¿Durante cuántas semanas se despertó de pronto, muy temprano, apenas sentía que su marido, ahora también él obstinadamente callado, se había escurrido del lecho?

El cuarto de vestir: la ventana abierta de par en par, un olor a río y a pasto flotando en aquel cuarto bienhechor, y los espejos velados por un halo de neblina.

Chopin y la lluvia que resbala por las hojas del gomero con ruido de cascada secreta, y parece empapar hasta las rosas de las cretonas, se entremezclan en su agitada nostalgia.

¿Qué hacer en verano cuando llueve tanto? ¿Quedarse el día entero en el cuarto fingiendo una convalecencia o una

tristeza? Luis había entrado tímidamente una tarde. Se había sentado muy tieso. Hubo un silencio.

—Brígida, ¿entonces es cierto? ¿Ya no me quieres?

Ella se había alegrado de golpe, estúpidamente. Puede que hubiera gritado: «No, no; te quiero, Luis, te quiero», si él le hubiera dado tiempo, si no hubiese agregado, casi de inmediato, con su calma habitual:

—En todo caso, no creo que nos convenga separarnos, Brígida. Hay que pensarlo mucho.

En ella los impulsos se abatieron tan bruscamente como se había precipitado. ¡A qué exaltarse inútilmente! Luis la quería con ternura y medida; si alguna vez llegara a odiarla, la odiaría con justicia y prudencia. Y eso era la vida. Se acercó a la ventana, apoyó la frente contra el vidrio glacial. Allí estaba el gomero recibiendo serenamente la lluvia que lo golpeaba, tranquilo y regular. El cuarto se inmovilizaba en la penumbra, ordenado y silencioso. Todo parecía detenerse, eterno y muy noble. Eso era la vida. Y había cierta grandeza en aceptarla así, mediocre, como algo definitivo, irremediable. Mientras del fondo de las cosas parecía brotar y subir una melodía de palabras graves y lentas que ella se quedó escuchando: «Siempre». «Nunca»...

Y así pasan las horas, los días y los años. ¡Siempre! ¡Nunca! ¡La vida, la vida!

Al recobrase cayó en cuenta que su marido se había escurrido del cuarto.

¡Siempre! ¡Nunca!... Y la lluvia, secreta e igual, aún continuaba susurrando en Chopin.

El verano deshojaba su ardiente calendario. Caían páginas luminosas y engeguecedoras como espadas de oro, y páginas de una humedad malsana como el aliento de los pantanos; caían páginas de furiosa y breve tormenta, y páginas de viento caluroso, del viento que trae el «clavel del aire» y lo cuelga del inmenso gomero.

Algunos niños solían jugar al escondite entre las enormes raíces convulsas que levantaban las baldosas de la acera, y el árbol se llenaba de risas y de cuchicheos. Entonces ella

se asomaba a la ventana y golpeaba las manos; los niños se dispersaban asustados, sin reparar en su sonrisa de niña que a su vez desea participar en el juego.

Solitaria, permanecía largo rato acodada en la ventana mirando el oscilar del follaje —siempre corría alguna brisa en aquella calle que se despeñaba directamente hasta el río— y era como hundir la mirada en un agua movediza o en el fuego inquieto de una chimenea. Una podía pasarse así las horas muertas, vacía de todo pensamiento, atontada de bienestar.

Apenas el cuarto empezaba a llenarse del humo del crepúsculo ella encendía la primera lámpara, y la primera lámpara resplandecía en los espejos, se multiplicaba como una luciérnaga deseosa de precipitar la noche.

Y noche a noche dormitaba junto a su marido, sufriendo por rachas. Pero cuando su dolor se condensaba hasta herirla como un puntazo, cuando la asediaba un deseo demasiado imperioso de despertar a Luis para pegarle o acariciarlo, se escurría de puntillas hacia el cuarto de vestir y abría la ventana. El cuarto se llenaba instantáneamente de discretos ruidos y discretas presencias, de pisadas misteriosas, de aleteos, de sutiles chasquidos vegetales, del dulce gemido de un grillo escondido bajo la corteza del gomero sumido en las estrellas de una calurosa noche estival.

Su fiebre decaía a medida que sus pies desnudos se iban helando poco a poco sobre la estera. No sabía por qué le era tan fácil sufrir en aquel cuarto.

Melancolía de Chopin engranando un estudio tras otro, engranando una melodía tras otra, imperturbable.

Y vino el otoño. Las hojas secas revoloteaban un instante antes de rodar sobre el césped del estrecho jardín, sobre la acera de la calle en pendiente. Las hojas se desprendían y caían... La cima del gomero permanecía verde, pero por debajo el árbol enrojecía, se ensombrecía como el forro gastado de una suntuosa capa de baile. Y el cuarto parecía ahora sumido en una copa de oro triste.

Echada sobre el diván, ella esperaba pacientemente la hora de la cena, la llegada improbable de Luis. Había vuelto a hablarle, había vuelto a ser su mujer, sin entusiasmo y sin ira. Ya no lo quería. Pero ya no sufría. Por el contrario, se había apoderado de ella una inesperada sensación de plenitud, de placidez. Ya nadie ni nada podría herirla. Puede que la verdadera felicidad esté en la convicción de que se ha perdido irremediablemente la felicidad. Entonces empezamos a movernos por la vida sin esperanzas ni miedos, capaces de gozar por fin todos los pequeños goces, que son los más perdurables.

Un estruendo feroz, luego una llamarada blanca que la echa hacia atrás toda temblorosa.

¿Es el entreacto? No. Es el gomero, ella lo sabe.

Lo habían abatido de un solo hachazo. Ella no pudo oír los trabajos que empezaron muy de mañana.

«Las raíces levantaban las baldosas de la acera y entonces, naturalmente, la comisión de vecinos...».

Encandilada se ha llevado las manos a los ojos. Cuando recobra la vista se incorpora y mira a su alrededor. ¿Qué mira?

¿La sala de concierto bruscamente iluminada, la gente que se dispersa?

No. Ha quedado aprisionada en las redes de su pasado, no puede salir del cuarto de vestir. De su cuarto de vestir invadido por una luz blanca aterradora. Era como si hubieran arrancado el techo de cuajo; una luz cruda entraba por todos lados, se le metía por los poros, la quemaba de frío. Y todo lo veía a la luz de esa fría luz: Luis, su cara arrugada, sus manos que surcan gruesas venas desteñidas, y las cretonas de colores chillones.

Despavorida ha corrido hacia la ventana. La ventana abre ahora directamente sobre una calle estrecha, tan estrecha que su cuarto se estrella, casi contra la fachada de un rascacielos deslumbrante. En la planta baja, vidrieras y más vidrieras llenas de frascos. En la esquina de la calle, una hilera de automóviles alineados frente a una estación de servicio pintada de rojo. Algunos muchachos, en mangas de camisa, patean una pelota en medio de la calzada.

Y toda aquella fealdad había entrado en sus espejos. Dentro de sus espejos había ahora balcones de níquel y trapos colgados y jaulas con canarios.

Le habían quitado su intimidad, su secreto; se encontraba desnuda en medio de la calle, desnuda junto a un marido viejo que le volvía la espalda para dormir, que no le había dado hijos. No comprende cómo hasta entonces no había deseado tener hijos, cómo había llegado a conformarse a la idea de que iba a vivir sin hijos toda su vida. No comprende cómo pudo soportar durante un año esa risa de Luis, esa risa demasiado jovial, esa risa postiza de hombre que se ha adiestrado en la risa porque es necesario reír en determinadas ocasiones.

¡Mentira! Eran mentiras su resignación y su serenidad; quería amor, sí, amor, y viajes y locuras, y amor, amor...

—Pero, Brígida, ¿por qué te vas?, ¿por qué te quedabas?
—había preguntado Luis.

Ahora habría sabido contestarle:

—¡El árbol, Luis, el árbol! Han derribado el gomero.

#AntologíaCiudadana

María
Luisa
Bombal
110 años

Fragmentos

Mar, cielo y tierra

(1940, revista Saber Vivir, Buenos Aires)

Tal vez la súbita caída de las estrellas fugaces responde a un llamado previsto desde la eternidad, que las precipita a integrar determinadas figuras geométricas, hechas de relucientes astros incrustados en un rincón apartado del cielo. Tal vez.

Y no quiero, no quiero hablar más del cielo; porque le temo y temo los sueños con que se introduce a menudo en mis noches. Entonces me tiende una escalera estelar por la que subo hasta la bóveda rutilante. La luna deja de ser un pálido disco pegado al firmamento para convertirse en una bola escarlata que rueda solitaria por el espacio; las estrellas se agrandan en un parpadeo de rayos, la vía láctea se aproxima y derrama oleadas de fuego. Y, de segundo en segundo, yo más al borde de aquel precipicio abrasador...

Ilustración de Ignacio Ortega





La última niebla

(1934, Editorial Colombo, Buenos Aires)

La luz blanca de un farol, luz que la bruma transforma en vaho, baña y empalidece mis manos, alarga a mis pies una silueta confusa, que es mi sombra. Y he aquí que, de pronto, veo otra sombra junto a la mía. Levanto la cabeza.

Un hombre está frente a mí, muy cerca de mí. Es joven; unos ojos muy claros en un rostro moreno y una de sus cejas levemente arqueada, prestan a su cara un aspecto casi sobrenatural. De él se desprende un vago pero envolvente calor.

Y es rápido, violento, definitivo. Comprendo que lo esperaba y que le voy a seguir como sea, donde sea.

Ilustración de Ignacio Ortega



La última niebla

Me levanto, enciendo a hurtadillas una lámpara y escribo:

«He conocido el perfume de tu hombro y desde ese día soy tuya. Te deseo. Me pasaría la vida tendida, esperando que vinieras a apretar contra mi cuerpo tu cuerpo fuerte y conocedor del mío, como si fuera su dueño desde siempre. Me separo de tu abrazo y todo el día me persigue el recuerdo de cuando me suspendo a tu cuello y suspiro sobre tu boca».

Escribo y rompo.

Ilustración de Alexis Díaz



Lo secreto

(1941, Editorial Nascimento, Santiago)

A oír y sentir dentro de ellos mismos el surgir y ascender de una marea desconocida. La marea de un sentimiento del que no atinan a encontrar el nombre. Un sentimiento cien veces más destructivo que la ira, el odio o el pavor. Un sentimiento ordenado, nocturno, roedor. Y el corazón a él entregado, paciente y resignado.

—Tristeza —murmura al fin El Chico, sin saberlo. Palabra soplada a su oído.

Ilustración de Alexis Díaz



La amortajada

(1938, Editorial Sur, Buenos Aires)

Comprende que en ella dormía, agazapado, aquel amor que presumió muerto. Que aquel ser nunca le fue totalmente ajeno.

Y era como si parte de su sangre hubiera estado alimentando, siempre, una entraña que ella misma ignorase llevar dentro, y que esa entraña hubiera crecido así, clandestinamente, al margen y a la par de su vida.

Y comprende que, sin tener ella conciencia, había esperado, había anhelado furiosamente este momento.

¿Era preciso morir para saber ciertas cosas? Ahora comprende también que en el corazón y en los sentimientos de aquel hombre ella había hincado sus raíces; que jamás, aunque a menudo lo creyera, estuvo enteramente sola; que jamás, aunque a menudo lo pensara, fue realmente olvidada.

De haberlo sabido antes, muchas noches, desvelada, no habría encendido la luz para dar vuelta las hojas de un libro cualquiera, procurando atajar una oleada de recuerdos. Y no habría evitado tampoco ciertos rincones del parque, ciertas soledades, ciertas músicas. Ni temido el primer sople de ciertas primaveras demasiado cálidas.

Ilustración de Blanco Pantoja



Las islas nuevas

(1939, revista Sur, Buenos Aires)

En su hombro derecho crece y se descuelga un poco hacia la espalda algo liviano y blando. Un ala. O más bien un comienzo de ala. O mejor dicho un muñón de ala. Un pequeño miembro atrofiado que ahora ella palpa cuidadosamente, como con recelo.

Ilustración de Blanco Pantoja







Casa de niebla

(House of mist, 1947, Editorial Farrar Straus & Giroux, Nueva York)

Fue, en realidad, con un sentimiento de sorprendente calma y resignación que volví a mis antiguos vestidos y mi rutina diaria y que, una vez más, enfrenté la niebla y su eterno silencio...

Una voz interior, suave y penetrante, parecía estar hablándome en todo momento. «Pasarán los años», decía esa voz, «tu rostro se surcará de arrugas y las canas se entreverán en tu cabello oscuro, tu piel cada vez más ajada y tu cuerpo extenuado por la vejez... ¿Qué puede importarte eso ahora? ¿Qué importa que tu cuerpo se marchite si ha conocido el amor? Con este hermoso recuerdo en tu corazón, serás capaz de enfrentar esta larga y funesta existencia y aún repetir, día a día, y sin cansancio alguno, las cosas insignificantes que constituyen tu vida cotidiana».

Ilustración de Leonor Pérez

Trenzas

(1940, revista *Saber Vivir*, Buenos Aires)

Porque día a día los orgullosos humanos que ahora somos, tendemos a desprendernos de nuestro limbo inicial, es que las mujeres no cuidan ni aprecian ya de sus trenzas.

Positivas, ignoran que al desprenderse de estas, ponen atajo a las mágicas corrientes que brotan del corazón mismo de la tierra.

Porque la cabellera de la mujer arranca desde lo más profundo y misterioso; desde allí donde nace y tiembla la primera burbuja; que es desde allí que se desenvuelve, lucha y crece entre muchas y enmarañadas fuerzas, hasta la superficie de lo vegetal, del aire y hasta las frentes privilegiadas que ella eligiera.

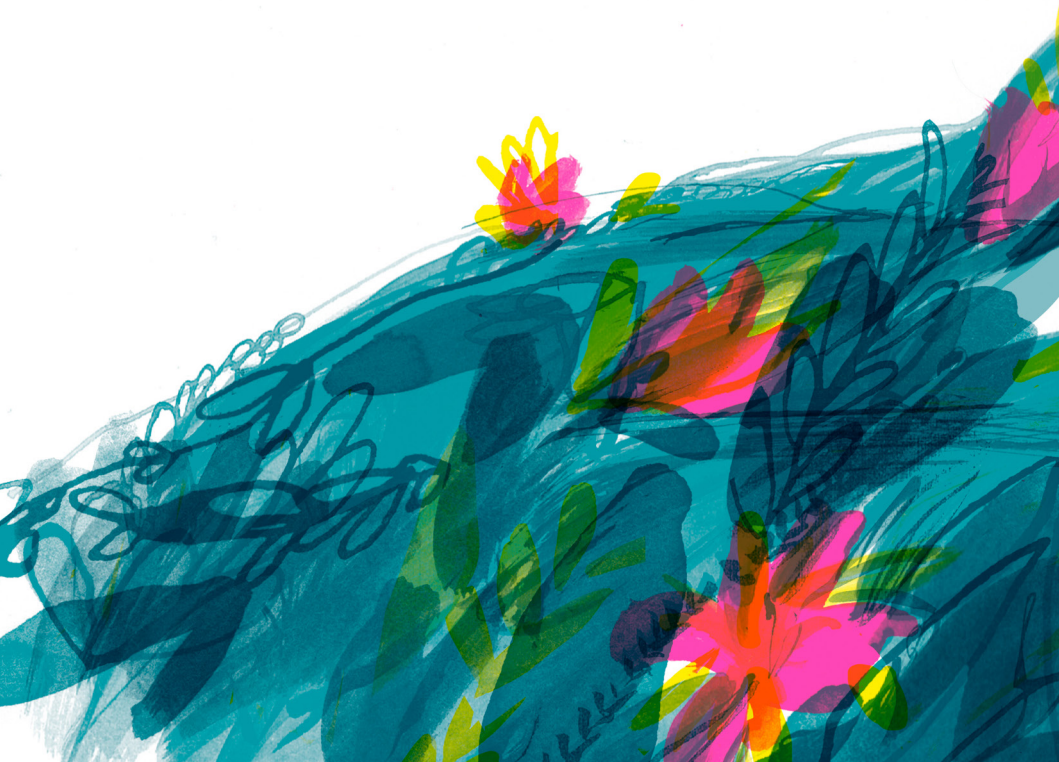
Ilustración de Leonor Pérez



La última niebla

Casi sin tocarme, me desata los cabellos y empieza a quitarme los vestidos. Me someto a su deseo callada y con el corazón palpitante. Una secreta aprensión me estremece cuando mis ropas refrenan la impaciencia de sus dedos. Ardo en deseos de que me descubra cuanto antes su mirada. La belleza de mi cuerpo ansía, por fin, su parte de homenaje.

Ilustración de María J. Guarda







La amortajada

Los cipreses se recortaban inmóviles sobre un cielo azul; el estanque era una lámina de metal azul; la casa alargaba una sombra aterciopelada y azul.

Quietos, los bosques enmudecían como petrificados bajo el hechizo de la noche, de esa noche azul de plenilunio.

Largo rato permanecí de pie en el umbral de la puerta sin atreverme a entrar en aquel mundo nuevo, irreconocible, en aquel mundo que parecía un mundo sumergido.

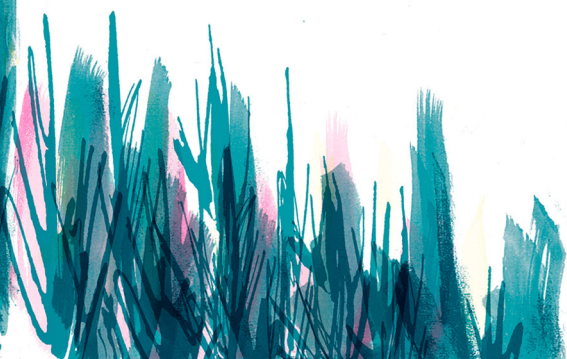
Súbitamente, de uno de los torreones de la casa creció y empezó a flotar un estrecho cendal de plumas.

Era una bandada de lechuzas blancas.

Volaban. Su vuelo era blando y pesado, silencioso como la noche.

Y aquello era tan armonioso que, de golpe, estallé en lágrimas.

Ilustración de María J. Guarda





La amortajada

Y ya no deseaba sino quedarse crucificada a la tierra, sufriendo y gozando en su carne el ir y venir de lejanas, muy lejanas mareas; sintiendo crecer la hierba, emerger islas nuevas y abrirse en otro continente la flor ignorada que no vive sino en un día de eclipse. Y sintiendo aún bullir y estallar soles, y derrumbarse, quién sabe dónde, montañas gigantes de arena.

Lo juro. No tentó a la amortajada el menor deseo de incorporarse. Sola, podría, al fin, descansar, morir.

Había sufrido la muerte de los vivos. Ahora anhelaba la inmersión total, la segunda muerte: la muerte de los muertos.

Ilustración de Itza Maturana

La historia de María Griselda

(1946, revista Norte, Estados Unidos)

La vegetación se detenía al borde de una estrecha playa de guijarros opacos y duros como el carbón de piedra. Mal resignado en su lecho, el río corría a borbotones, estrellando enfurecido un agua agujereada de remolinos y de burbujas negras.

¡El Malleco! Rodolfo le explicó que María Griselda no le tenía miedo, y le mostró, erguido allí, en medio de la corriente, el peñón sobre el que acostumbraba tenderse largo a largo, soltando a las aguas sus largas trenzas y los pesados pliegues de su amazona. Y le contó cómo, al incorporarse, ella solía hurgar, hurgaba riendo su cabellera chorreante para extraer de entre ésta, cual una horquilla olvidada, algún pececito plateado, regalo vivo que le ofrendara el Malleco.

Porque el Malleco estaba enamorado de María Griselda.

Ilustración de Itza Maturana



Enlaces

La última niebla, obra completa disponible en:

<http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-7996.html>

La amortajada, obra completa disponible en:

<http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8350.html>

Las islas nuevas, obra completa disponible en:

<http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:69905>

Mar, cielo y tierra, obra completa disponible en:

<https://www.bpdigital.cl/info/obras-completas-tomo-1-00034421>

Trenzas, obra completa disponible en:

<https://www.bpdigital.cl/info/obras-completas-tomo-1-00034421>

Lo secreto, obra completa disponible en:

<https://www.bpdigital.cl/info/obras-completas-tomo-1-00034421>

La historia de María Griselda, obra completa disponible en:

<http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-72771.html>

Casa de niebla, obra completa disponible en:

<https://www.bpdigital.cl/info/casa-de-niebla-00019104>

Agradecimientos

Maira Aguilar | Dinka Ahumada | Francesca Alfaro | Daniel Álvarez | Lisette Álvarez | Sandra Aramayo | Soledad Arce | Claudia Arenas | Cristian Bahamondes | Camila Baquedano | María Berenguela | Ximena Burgos | María Soledad Caballero | Leslie Caffarena | Valeska Capilla | Melissa Cárdenas | David Cares | Laura Carrasco | Ricardo Carrión | Liliana Céspedes | María Luisa Córdova | Cristián Díaz | Bastián Dotte | Victoria Escalona | Daniela Escalona | Francisca Espinosa | Sofía Farías | Francia Fernández | Sandra Figueroa | Juan José Flores | Macarena Flores | Álvaro Fuentealba | Francisco Fuenzalida | María José Galleguillos | Jeannette Garcés | Romy Garcés | Carolina González | Alberto González | Mario González | Marcela González | Jacqueline Gregoire | María Jesús Gutiérrez | Camila Guzmán | Iván Inostroza | Carmen Inzulza | Natalia Jorquera | Damaris Landeros | Javiera Lagos | Nicole Lagos | Yvone Laines | Clemente Larraín | Gastón Lazo de la Vega | Scarleth Maldonado | Catalina Mardini | Paloma Mas | Laura Matas | Alejandra Matas | Javiera Matas | Mabel Medina | Agustín Meneses | Maite Monardes | Victoria Moya | Constanza Muñoz | Sandra Muñoz | Felipe Muñoz | Roberto Najle | Camila Navarrete | Claudina Navarro | Mayra Olate | Yamila Olivares | María de los Ángeles Ortiz | Jenniffer Osses | Katuska Oyarzún | Beci Pacheco | Paola Palma | Cecilia Palma | Ahinoam Parra | Eliana Parraguez | Pamela Pereira | Mauricio Pérez | Alma Pimiento | Myli Pincheira | Daniela Pinto | Marcela Puentes | Elisa Quito | Paula Recabarren | Alejandra Ríos | Macarena Rivera | Sebastián Rodríguez | Marianela Ruiz | Juan Saavedra | Aida Santelices | Nina Sepúlveda | Verónica Silva | Susana Soto | Eva Soto | Bárbara Soto | Patrick Sotomayor | Sofía Stark | Alejandra Troncoso | Yubinza Urrutia | Jorge Urrutia | Luis Venegas | Fabián Vergara | Carmen Vidal | Leticia Villalobos | Jaime Viveros | Fanny Yáñez | Darcy Yuras

Se agradece a Editorial Planeta Chilena S.A. la autorización del uso de la obra de María Luisa Bombal.



Antología ciudadana María Luisa Bombal 110 años

Primera edición: diciembre 2020

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Consuelo Valdés Chadwick

Subsecretario de las Culturas y las Artes

Juan Carlos Silva Aldunate

Jefa del Departamento de Fomento

Claudia Gutiérrez Carrosa

Secretario Ejecutivo del Consejo Nacional del Libro y la Lectura

Pedro Maino Swinburn

Ilustradores

Tomás Olivos | Ignacio Ortega | María J. Guarda

Alexis Díaz | Blanco Pantoja | Itza Maturana | Leonor Pérez

© Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, 2020.

www.cultura.gob.cl

www.plandelectura.gob.cl

©Editorial Planeta Chilena S.A.

Editorial Planeta Chilena S.A. autoriza el uso de la obra de María Luisa Bombal.

La antología ciudadana *María Luisa Bombal*, 110 años busca celebrar a una voz ineludible de la narrativa latinoamericana.

Esta publicación reúne doce fragmentos de su obra, seleccionados a partir de una convocatoria abierta a la ciudadanía por redes sociales, que realizó el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio en septiembre de 2020. Además, incluye *El árbol*, uno de sus cuentos más conocidos, y una inédita biografía escrita por la académica chilena Lucía Guerra. Los textos van acompañados del trabajo de siete destacados ilustradores nacionales.

#MujeresCreadoras
#AntologíaCiudadana

cultura.gob.cl
plandelectura.gob.cl

